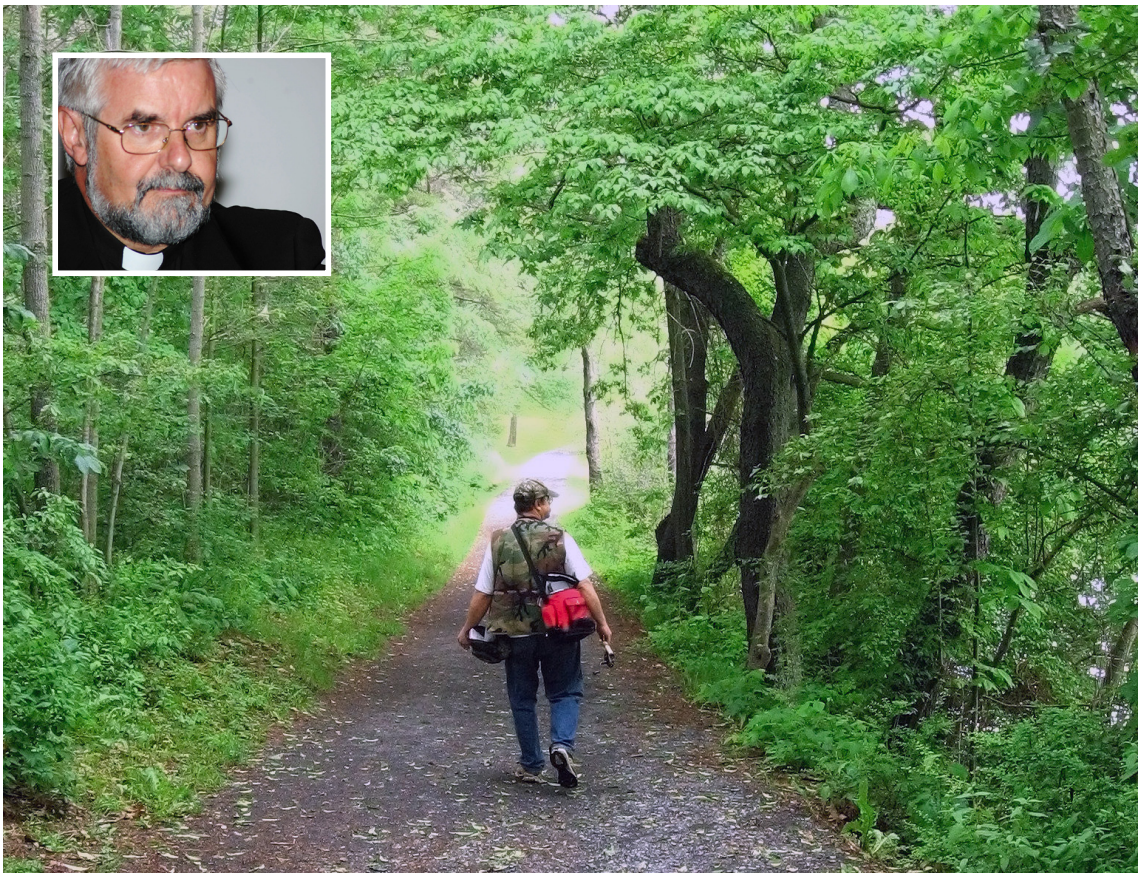

EL FUTURO DE LA TIERRA PARTE DE AQUÍ:

PLANTAR ÁRBOLES

La tierra ¿Está en su ocaso? ¡No! ¡Si plantamos árboles! Si se la cuida y se la cultiva como la propia historia. Si se la respeta como un regalo, como una esposa. Si se la rescata del destino horrible que está atravesando desde hace tiempo, que la aprovecha, la contamina y la manipula desde dentro, turbando lo más íntimo, es decir su belleza, su fecundidad. Las ideologías ya no deben arrancarnos la dignidad natural. Todo está correlacionado. A interrogarnos sobre este tema de alcance mundial es justamente la actual **c**risis ecológica que en el fondo es espejo de la crisis ético-cultural global. Desde siempre en el centro de la atención, pero en estos días con mayor interés y sensibilización la vemos golpear de nuevo detrás de nuestra conciencia, gracias a la nueva carta encíclica del Papa Francisco, *Laudato si'. Sobre el cuidado de la casa común*, que pone el acento sobre el hecho que, aunque si no nos darnos cuenta o lo ignoramos, nosotros, seres vivientes, estamos ligados a todo lo que nos circunda, fuera y alrededor de nosotros. «Todo está relacionado - escribe el Papa en el n.92 – y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también, con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra». Aconsejo leer estas estupendas 191 páginas que concentran este llamado a la conversión ecológica. Es un texto al alcance de todos, porque se refiere a todos, una invitación a adherir a una «sublime hermandad con todo lo creado» (n.221). Porque donde llora la naturaleza, llora también el hombre. Y viceversa. Al Papa Francesco le agrada repetir: «Dios perdona siempre; el hombre algunas veces, la naturaleza ¡nunca!».

Así todo está ligado por un hilo sutil en nuestro universo. Que algunos llaman *Amor Creador*. Otros, *energía cósmica*. Y otros, *Polifonía de la existencia*. O *Misterio insondable*. He aquí el por qué es un tema vital este sobre la custodia de la creación. Porque lo que sufre una parte, lo advierte también el todo. Nunca pensar que estamos separados, o somos existencias separadas, que no tienen nada en común con los otros. Porque «El ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad

El cuidado de la creación

de todos. Quien posee una parte es solo para administrarlo en bien de todos. Si no lo hacemos, cargamos sobre la conciencia el peso de negar la existencia de los otros» (n.95). El individualismo se esfuerza en habituarnos a creer lo contrario, en nombre de la autonomía personal y eficiente, que se está revelando cada vez más desastrosa y letal. Pero a lo largo de toda la encíclica, la verdad es que, queramos o no, estamos ligados los unos a los otros. A veces, por caminos inexplicables, indescifrables, pero reales. El mundo está enfermo porque el corazón humano se ha ensoberbecido. El Papa muchas veces nos repite que no nos podemos salvar solos, levantando muros, adoptando formas egoístas, insistiendo en separaciones y fragmentaciones. Y en el n.159 el análisis es más explícito: «Las crisis económicas internacionales han mostrado con crudeza los efectos nocivos que trae aparejado el desconocimiento de un destino común, del cual no pueden ser excluidos quienes vienen detrás de nosotros». Solo cuando volveremos a mirar a Dios como Padre de todas las cosas que nos ha confiado, sólo entonces la tierra volverá a respirar y a hacernos respirar aire puro, a beber agua en abundancia, a sumergirnos en sus magnificencias sin el peligro de ser contaminados o alimentados con elementos tóxicos. Todo esto implica inevitablemente una sólida «relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza» (n.67). Entonces dará alegría contemplar a la madre tierra, trabajarla y amarla, hacer parte de ella, como casa de nuestro paso, en la dignidad de criaturas que saben hacer de ella un himno al Autor silencioso. La fe reaviva la conciencia que la naturaleza es un anuncio de felicidad, porque «Nosotros no somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada» (n.67). En aquel *preceder* se encuentra el secreto para poder fundar una ecología humana y cultural en la cotidianidad, donde la política y la economía miren a la fuerza profética del Bien común. He aquí las tres *reglas de oro de la encíclica*: «La creación puede ser comprendida sólo como una realidad iluminada por el amor que nos convoca a una comunión universal (n.76); No renunciamos a hacernos preguntas sobre los fines y sobre el sentido de cada cosa (n.113); Debemos hacer la experiencia de una conversión, de un cambio del corazón (n.218)». Plantemos entonces el árbol de la justicia y de la verdad en el corazón del hombre, para que la naturaleza ofrezca sustento a todos los pueblos de la tierra. En las leyes y con todo el esplendor que tiene su génesis en la sonrisa de Dios Creador, que siempre «destruye el poder del mal con la omnipotencia del amor» (Benedicto XVI).

S.E. Mons. Giancarlo Maria Bregantini
Arzobispo de Campobasso
Boiano